

# EL “VENERABLE” CARDENAL EDUARDO PIRONIO, ARTESANO DEL DIÁLOGO

*Jorge Casaretto*<sup>1</sup>

Conocí al Cardenal Pironio en 1962 cuando él era rector del Seminario de Villa Devoto, y los seminaristas de San Isidro cursábamos allí nuestros estudios. Además de ejercer la rectoría tenía a su cargo alguna materia teológica. A mí me enseñó el tratado de la Santísima Trinidad. Nunca imaginé que con el tiempo iba a tener una importante relación con él.

La Iglesia, en el proceso que lleva adelante sobre su posible condición de “santo”, lo acaba de declarar “venerable”. Esto significa que luego de una ardua investigación han sido reconocidas sus “virtudes heroicas”, lo cual quiere decir que ha protagonizado una vida de verdadera unión con Dios, de entrega al prójimo, de vivencia íntima y profunda del Evangelio.

Cuando digo que esta investigación es ardua, estoy significando que han sido consultadas innumerable cantidad de personas que compartieron la vida con él y que han tenido que responder a cuestionarios larguísimos en los que se analiza su comportamiento a lo largo de su vida. Declarado venerable, para llegar a ser beato debe aparecer algún milagro en el que el Cardenal haya sido invocado como único mediador.

Es notable, pero una vez, el Cardenal estaba hablando sobre este tema y decía que en las causas de canonización, la clave eran “las virtudes heroicas” que demostraban una vida evangélica, porque después, los milagros siempre los hacía Dios y no los sujetos invocados.

---

<sup>1</sup> Obispo emérito de San Isidro. El presente artículo fue publicado previamente en la revista *Criterio*, n. 286, abril 2022, pp. 33-35 (N.d.E.)

Brevemente podemos consignar algunos datos biográficos. El Cardenal nació en Nueve de Julio y se ordenó de sacerdote en 1943. Fue obispo auxiliar en La Plata en 1964 y titular de Mar del Plata en 1972. Desde 1968 a 1975, primero Secretario General y después Presidente del CELAM. En 1976 fue nombrado Prefecto de la Sagrada Congregación para los Religiosos y por tanto Cardenal, con Pablo VI. En 1984 Juan Pablo II lo trasladó al Pontificio Consejo para los Laicos. Murió en Roma en 1998.

Mi relación intensa con él fue a partir de 1984, cuando yo estaba a cargo de la Pastoral de Juventud. Pero vamos a recorrer un poco su vida.

### **Sacerdote, obispo de Mar del Plata, CELAM**

No conozco acerca de sus primeros años sacerdotales, pero como he dicho fue Rector del Seminario de Villa Devoto, que hasta ese momento había sido conducido por los padres Jesuitas. El padre Pironio era un teólogo destacado y en los tiempos del Concilio, junto a otros sacerdotes, venía asesorando a los obispos que manifestaban mayor apertura hacia las corrientes de renovación que se fueron plasmando en el Concilio.

Pero no eran tiempos fáciles porque en nuestra Conferencia Episcopal primaba una línea más bien conservadora.

Pironio escribía en los “Cuadernos de Pastoral Jocista” y –como decíamos antes– permitía que los aires de renovación se fueran plasmando en la vida eclesial. Y ¿qué pasó? Como Rector de Villa Devoto duró muy poco tiempo. Los cambios que se iban produciendo en el Seminario parece que no eran del agrado del Arzobispo de Buenos Aires y tuvo que renunciar. Pero lo que no era visto con tanto agrado aquí, parece que sí lo era en Roma, y a los pocos meses de dejar Villa Devoto llegó su nombramiento como obispo auxiliar de La Plata. Ya estaba Pablo VI como Papa y en América Latina se realizó Medellín. El enfrentamiento entre las corrientes más conservadoras y las más aperturistas se pusieron muy de manifiesto en nuestro continente y Pablo VI necesitaba un hombre de diálogo que supiera hablar y comprender a unos y a otros. Y nadie mejor que Eduardo Pironio. Como obispo excedía necesariamente los límites de su diócesis porque era buscado por todos para consultarlo y tratar de recibir un consejo oportuno.

En Mar del Plata sufrió la persecución de los grupos paramilitares y rechazó las custodias que le aconsejaron recibir para protegerse. Me consta que había ofrecido su vida si era necesario el martirio.

En América Latina, el tiempo más difícil fue el posterior a Medellín, y allí estuvo Pironio en el CELAM, primero como Secretario General y después como Presidente. Nació en esos años la Teología de la Liberación que tuvo distintas versiones. Fiel al estilo de Pablo VI, Pironio no condenaba. Hablaba, dialogaba, corregía y trataba de rescatar todo lo positivo que se manifestaba en las distintas corrientes de pensamiento que ya se habían puesto de manifiesto en Medellín, pero que luego se reinterpretaban con matices a veces no tan ortodoxos. Lo de Pironio fue la obra de un artesano. Uno de sus escritos que mejor interpretaran su pensamiento y su estilo es la "Meditación para tiempos difíciles".

## **Su paso a Roma**

Interpreto que fue este estilo de actuar el que apreció Pablo VI cuando lo llamó a Roma para ocupar un cargo difícilísimo: presidir la Congregación para los religiosos. Porque en el orden universal creo que fue en esta área de la vida eclesial donde más golpeó el postconcilio. El Papa había comenzado a desitalianizar la Curia Romana y encontró en este artesano del diálogo al hombre que necesitaba para uno de los cargos más comprometidos del momento.

El entendimiento entre Pironio y Pablo VI era total.

Después de un tiempo de asumir Juan Pablo II, el Papa decidió cambiarlo de destino. Me consta que fue uno de los momentos más difíciles que le tocó vivir al Cardenal. Para el Papa polaco, el estilo de Pironio seguramente fue sinónimo de debilidad. Pero lejos de prescindir de su persona lo destinó a otro Dicasterio "más fácil", el de Laicos. Y allí comienza mi relación más cercana con él.

El Papa Juan Pablo era feliz recorriendo el mundo y había inventado la Jornada Mundial de la Juventud. Nosotros lo invitamos al Cardenal al Encuentro de Jóvenes de 1985. El Cardenal habló, y quedó deslumbrado. Y entonces le llevó a Juan Pablo una idea que estaba seguro que al Papa le iba a encantar. Celebrar las Jornadas Mundiales de Jóvenes todos los años. Uno en Roma y otro fuera de Roma. Y este primero debía ser en Argentina. Y así fue: en 1987 tuvimos a Juan

Pablo en la Nueve de Julio, aclamado por los jóvenes argentinos, y el Cardenal Pironio en uno de sus momentos más gloriosos.

Yo visitaba al Cardenal con frecuencia cuando venía al país. Él se alojaba en la Abadía de Santa Escolástica, en Victoria, diócesis de San Isidro. Justamente son las monjas de ese Monasterio las que más han trabajado en juntar todos los archivos de la vida del Cardenal, para colaborar con su proceso de canonización.

Y el Cardenal nos invitaba a mí y a algunos jóvenes como Gustavo Mangisch, Laura Moreno, Nieves Tapia, a participar en las sucesivas Jornadas Mundiales de Juventud. Junto con Carlos Malfa y por supuesto su sempiterno secretario Fernando Vérguez, éramos un grupo de apoyo afectivo en esos acontecimientos. Santiago de Compostela, Czestochowa, Denver, París... Allí estábamos al lado de Pironio. Porque como toda persona responsable, el Cardenal, antes de cada Jornada, tenía sus temores de que algo pudiera fallar.

Una anécdota interesante, que describe las dificultades de ese tiempo, es que en un encuentro latinoamericano de jóvenes en Cochabamba, la liturgia era más bien desastrosa. Llegó de Roma el Cardenal y yo no le dije nada. Le tocó presidir a él una celebración y se las tuvo que arreglar como pudo para hacerlo dignamente. Al terminar me llamó y me dijo: “Jorge, ¿cómo no me contaste lo que era esto?”. Le contesté: “Lo hice a propósito, para que Ud. viva lo que ocurre en carne propia”. En su admirable estilo dialogante, durante el encuentro logró que se fueran corrigiendo todos los errores.

Por fin, cuando trabajé en el área de Comunicación Social, justo hace 25 años ahora en junio, lo invitamos al primer Congreso de Comunicadores Católicos en “su ciudad”, Mar del Plata. Pironio me dijo: “Pero ese no es mi tema, yo ¿de qué puedo hablar?”. Le contesté “hable de la espiritualidad de un comunicador social”. Y aceptó. Se encontró con un auditorio de cerca de mil personas y creo que debe haber sido la primera vez que se habló de espiritualidad frente a los comunicadores.

Me despedí del Cardenal en Roma en noviembre de 1997. Hablamos de la muerte. Como siempre, me pidió que rezara por él. Era consciente de que le llegaba el momento final. Recuerdo haberle dicho: “Cardenal, es fácil de decir pero difícil de aceptar: ahora le toca un largo Getsemani”.

El día de su muerte, 5 de febrero de 1998, yo estaba en una reunión muy difícil. Tenía que hablar esa tarde. Era un encuentro donde todo podía salir mal... o un milagro podía producirse. A la mañana me avisaron que había muerto el Cardenal. Puse el encuentro en sus manos... y el milagro se produjo.

Nunca tuve dudas de haberme vinculado con un santo.